

Esto es lo que únicamente nos ha parecido debíamos presentar en la historia de la elección de Urbano VI. Si no referimos todos los hechos relativos á este punto con una estension capaz de dejar satisfecha la curiosidad, tendremos á lo menos el mérito de la imparcialidad y de la prudente reserva de que dieron egemplo los concilios ecuménicos. Es verdad que con lo que hemos dicho no se podrá decidir si la elección de Urbano fue libre ó forzada; pero esta gran cuestión, de la que dependió la conducta que debió observarse durante el largo cisma de occidente, ¿se resolverá mejor adoptando la relación de los franceses, ó la de los italianos, contrarias una á otra, y ambas igualmente fundadas en deposiciones de testigos oculares y de toda escepcion? Y por mas documentos que pudiéramos presentar, ¿quién se atrevería á decidir en una materia en que los padres de Pisa y de Constanza quisieron mas bien cortar la dificultad que resolverla? Si alguna vez debe la sabiduría sujetarse á las leyes de la sobriedad, nunca mejor que cuando nos enseñan con su egemplo los órganos de la Sabiduría increada.

RESUMEN

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN EL LIBRO CUADRAGÉSIMO-SESTO.

N.º 1. *Carácter de Urbano VI.* 2. *Su dureza é imprudencia.* 3. *Retiro de los cardenales.* 4. *Su conducta contra Urbano VI.* 5. *Declaracion de los cardenales.* 6. *Se arma un lazo á los cardenales italianos.* 7. *Elección de Clemente VII.* 8. *Obediencias respectivas de los dos Papas.* 9. *Santos en uno y otro partido.* 10. *Celo de Santa Catalina de Sena por el partido de Urbano VI.* 11. *San Vicente Ferrer.* 12. *El Beato Pedro de Luxemburgo.* 13. *Promociones multiplicadas de cardenales.* 14. *Violencias egercidas mutuamente en las dos obediencias.* 15. *Cómo podian salvarse los fieles en los dos partidos.* 16. *Clemente VII en Nápoles y despues en Aviñon.* 17. *Cárlos de la Paz llamado á Italia.* 18. *El duque de Anjou, adoptado por la Reina Juana de Nápoles.* 19. *Muerte del Rey Cárlos V.* 20. *Urbano VI declara á Cárlos de la Paz Rey de Nápoles.* 21. *Muerte trágica de la Reina Juana.* 22. *Desgracias y muerte de Cárlos de Anjou.* 23. *Ingleses cruzados contra Francia.* 24. *Progresos de Wiclef.* 25. *Juan Vallé, wiclefista fanático.* 26. *Concilio de Londres contra el wiclefismo.* 27. *Indispónese Urbano VI con Cárlos de la*

Paz. 28. Hace prender á seis cardenales. 29. Nom-
bra en lugar de ellos á unas personas despreciables.
30. Son tratados inhumanamente los cardenales pre-
sos. 31. Sobresaltos y furor de Urbano VI en Nó-
cera. 32. Debe la libertad á Raimundo de Beauce.
33. Suplicios de los prelados presos. 34. Revoluciones
de Hungría. 35. Es asesinado en aquel país Carlos
de la Paz. 36. Heduvigis, Reina de Polonia. 37.
Conversion de Jagellon y de los lituanos. 38. Pedro
Pareshul. 39. Caballeros de la Caperuza. 40. Muer-
te de Wiclef. 41. Sus escritos. 42. Juan de Mon-
teson. 43. Doctrina de la inmaculada Concepcion de
Maria. 44. Pedro de Ailli y Gil de Campos, contra-
rios de Juan de Monteson y de los religiosos de Santo
Domingo. 45. Autoridad de Santo Tomás. 46. Vuel-
ve Urbano VI á Roma. 47. Su muerte.

HISTORIA DE LA IGLESIA.

LIBRO CUADRAGÉSIMO-SESTO.

*Desde el principio del gran cisma de occidente en el
año 1378, hasta el fallecimiento de Urbano VI en
el de 1389*

1. **U**rmano VI, ó Bartolomé Prignano, hubiera
sido reputado por el hombre mas digno de sentar-
se en la Silla de San Pedro, si nunca la hu-
biera ocupado. Era de familia noble, sábio y uno
de los hombres mas instruidos que hubo en su si-
glo en la ciencia del derecho canónico (1). Distin-
guíanle su celo por el progreso de las letras, su
acreditada probidad, su ódio á la incontinencia de
los clérigos y á la simonía, su sencillez, su mo-
destia, su piedad, su caridad y al propio tiempo
su rigidez consigo mismo. Nunca se quitaba el ci-
licio, y ayunaba todo el adviento y desde la sexa-
gésima hasta la Pascua. Habia adquirido mucha es-

(1) Niem. lib. 1. cap. 4.

perencia en los distintos puestos que habia ocupado, ya siendo arzobispo de Cirenza, en el reino de Nápoles, ya trasladado á la silla de Bari y encargado de la administracion de la cancelaría romana (1). Mas no podia tolerar obstáculos á su voluntad: era de un carácter triste y reservado, y sobre todo incapáz de ningun miramiento cuando trataba de llevar á efecto algun pensamiento útil ó de efectuar alguna reforma. Hubiera permanecido pacífico poseedor del pontificado, si hubiese sabido guardar la debida armonía con los cardenales; pero la acrimonia de su celo ó de su genio le puso al borde de precipitarle de la Silla apostólica, dando lugar á un cisma que afligió á la Iglesia por espacio de cincuenta años.

2. Vióse apenas en tan elevada dignidad, cuando principiaron á descubrirse todos sus defectos (2). Habiéndole coronado en el domingo de Pascua, el lunes, despues de haber asistido á vísperas en la capilla principal de su palacio, se irritó de repente al ver allí cierto número de obispos, y les dijo con aspereza y enfado que todos ellos eran unos perjuros, pues abandonaban sus iglesias por residir en su corte. La sorpresa que les causó una reprehension tan amarga, no dejó á ninguno la libertad necesaria para responder, escepto Martin de Pamploña, refrendario de la santa Sede y doctor célebre en el derecho canónico, quien replicó con mucha serenidad: „¡Yo perjuro! ¿Acaso estoy aquí por

(1) *Vit. Pap. tit. 1. pag. 1269.* (2) *Niem. lib. 1. cap. 4.*

mi interés particular ó por los negocios generales de la Iglesia? Aspiro solo á retirarme de esta ciudad, y á volver á mi pueblo.” Urbano estuvo tan lejos de conocer esta acusacion indirecta de su imprudencia, que el lunes siguiente, en un consistorio público á que asistieron los cardenales y otros muchos prelados, tornó á reprender sus costumbres con mayor acrimonia y libertad (1). Habiendo llegado casi al propio tiempo el cardenal de Amiens, Juan de la Grange, á ponerse á la obediencia del nuevo Papa, dióle al principio el recibimiento conveniente al honor que merecian sus raros talentos. Mas no tardó en sacar la cabeza el genio duro del Papa acusándole de avaricia y traicion. Dijole que perpetuaba la guerra entre ingleses y franceses para enriquecerse prolongando su legacia, y que fomentaba las disensiones entre los Reyes de Castilla, de Aragon y Navarra (2). Llegó en fin al estremo de decir que no habia mal alguno que no hubiese hecho aquel cardenal. No pudiendo tenerse á raya el prelado al oir estas palabras, le dijo en ademan de amenaza: habeis mentido como arzobispo de Bari, y huyó al punto con algunos otros cardenales.

Aumentábanse todos los dias las escenas entre el indigesto Pontífice y todo género de personas. Al entregarle una suma de dinero un colector de las rentas de la santa Sede, le dijo aquellas palabras de San Pedro á Simon Mago: ¡perezca contigo tu

(1) *Ibid. c. 5. Valsingh. in Rich. II.* (2) *Vit. t. 1. pag. 1158.*

dinero (1)! Olvidando todo lo que debía á la Reina de Nápoles, su Soberana natural, trató á su marido Oton de Brunswik con una altivéz que era un verdadero insulto, al mismo tiempo que este Príncipe le hacia la corte en Roma con tanta atencion como el menor criado de palacio. Incapáz de tratar con ningun miramiento, ni aun á los Soberanos de primer órden, amenazaba en público á los Reyes de Francia y de Inglaterra, diciendo que los habia de castigar, porque sus divisiones tenian desolada á la cristiandad (2). No podia dudarse que unos procedimientos tan irregulares exasperarian los ánimos de todos.

3. Retiráronse á mediados de Mayo á Anagni, ciudad de Campania, los demás cardenales ultramontanos, esto es, los franceses y el español Pedro de Luna, con pretesto de libertarse del mucho calor de Roma. Marchó tambien allá el cardenal de Amiens con su comitiva, y se reunieron hasta trece sin contar los demás prelados de la corte romana que eran de su partido (3). Pasó entre otros igualmente á Anagni el camarlengo de la iglesia romana, hermano del cardenal de Limoges: y es de notar, que habia llevado consigo los ornamentos de la capilla pontificia que estaba á su cuidado; lo que da motivo para presumir, que cuando salieron de Roma los cardenales, estaban resueltos á elegir otro Papa. Trataron sin embargo á Urbano

(1) *Niem. lib. 1. c. 7.* (2) *Valsingh. in Rich. II.* (3) *Vit. t. 1. p. 1066.*—*Rain ann. 1376. num. 107.*

hasta el mes de Julio como á legítimo Pontífice, nombrándole en calidad de tal en todas las misas que se celebraban en el palacio de Anagni, dirigiéndole súplicas y despachando en su nombre todos los asuntos de penitenciaría. Valiéronse despues de esta conducta los partidarios de Urbano contra los cardenales franceses, autores de la eleccion del nuevo Pontífice.

4. La reunion de tantos cardenales en un mismo parage; la circunstancia del lugar y de la persona del gobernador, á saber; el conde de Fondi, muy irritado con Urbano porque habia querido despojarle de aquel gobierno; la fuga del camarlengo con los ornamentos pontificios, y ciertas conversaciones que principiaban ya á traslucirse, le hacian sospechar que se urdia alguna trama contra su autoridad. Pareció entonces que estaba arrepentido de los motivos de disgusto que habia dado á los cardenales, y mucho mas de haberlos dejado salir. Acercóse á ellos á fin de volver á atraerlos, y el día 26 de Junio se trasladó á Tiboli que dista quince millas de Roma, y está casi á la mitad del camino de Anagni. Mas esta traslacion solo produjo el efecto de inspirarles mayor desconfianza; y para atender á su seguridad, llamaron un cuerpo de gascones y de bretones, restos de un egército que habia empleado Gregorio XI contra los enemigos de la Iglesia. Causó este incidente el que Urbano se abandonase á los movimientos de su genio arrebatado, y decidió el rompimiento. Los romanos sa-

lieron armados, y se alejaron hasta dos millas de Roma para disputar el paso del Teveron á aquellas tropas esforzadas, las cuales los derrotaron matando mas de quinientos. Vengáronse vilmente los vencidos en los franceses que habia en Roma, sin distincion de edad, sexo ni condicion, y se acabó la esperanza de reconciliarse.

5. Los cardenales de Anagni pensaron ya solo en asegurar el éxito de la empresa que meditaban, grangeándose el favor de los Príncipes y la aprobación de los sábios, especialmente en Francia que era su patria. Dispusieron pues que saliesen consecutivamente tres enviados distintos, á saber, el bachiller Juan de Guignecourt, el obispo de Fama-gosta, y en fin el maestro del sacro palacio, Nicolás de San Saturnino, del orden de predicadores. Llevaban todos tres el encargo de advertir al Rey Carlos V y á la universidad de París, de la disposicion de Urbano y de la creacion de un nuevo Papa, objetó que en las cartas credenciales se esplicaba de un modo vago y misterioso, como importante á la fe y al régimen de la Iglesia. Mas no pasó mucho tiempo sin que se hablase abiertamente como de un peligro de cisma, mayor que el que habia habido cien años antes. La fecha de estas cartas es de 19 de Julio (1).

Deseando los cardenales conjurados dar un aspecto de regularidad á su conspiracion, y lograr en favor suyo la unanimidad del sacro colegio, llama-

(1) *Marsil. Ingh. ap. Du Boul. t. 4. p. 466.*

ron por via de citacion el dia 20 del mismo mes á los colegas que se hallaban en Tiboli con el Papa, esto es, á los cuatro italianos, que eran los cardenales de Florencia, Milan, Ursinis y San Pedro. Usábase aun en esta citacion de cierta reserva, mejor diremos astucia, con respecto á Urbano, á quien exhortaban á que hiciese dimision por sí mismo, lisongeándole con la esperanza de una segunda eleccion libre y canónica. Mas no creyó acertado el esponerse á quedar burlado, y así es que se hizo desde luego una protesta solemne contra su primera eleccion, en que se refirieron todas las violencias que la habian acompañado. Retiráronse á consecuencia de ella los cardenales italianos, escepto el de San Pedro. Pasaron los otros tres á las inmediaciones de Palestina para conferenciar con otros tantos cardenales diputados de Anagni. No convinieron, á lo menos en cuanto al modo de proceder; pero los tres italianos, separados desde entonces del Papa reinante, se mantuvieron siempre lejos de él, y se retiraron juntos á Sessa, mas allá de Anagni, para observar lo que pasaba en esta ciudad. Cuatro dias despues, esto es, á 9 de Agosto, se hizo en ella una larga y violenta declaracion, que pinta todo el tumulto de la asamblea en que el arzobispo de Bari habia sido electo Papa, le trata de apóstata y de Anti-Cristo, le denuncia como anatematizado y usurpador de la Silla apostólica, convida á todos los fieles á que le nieguen la obediencia, y le amenaza con la venganza de Dios y

de los hombres. Firmaron solo esta especie de deposicion doce cardenales. El décimo-tercero de los que se hallaban en Anagni, á saber, Juan de la Grange, cardenal de Amiens, no puso su nombre en ninguna de aquellas actas preliminares, porque no habia asistido á la eleccion de Urbano. Nada se omitia para hacer que se mirase como justo un proyecto tan asombroso.

Enviada la declaracion á los cardenales de Aviñon, adhirieron á ella unánimemente, y trataron á Urbano de Antipapa. Enviáronla tambien á la universidad de París y al Rey Carlos V, que usando de su acostumbrada prudencia, convocó una asamblea de prelados y doctores, que por razon de su número eran bastantes para representar la iglesia galicana. Hubo en ella seis arzobispos y treinta obispos, sin contar los doctores y abades, y el resultado fue que no se abrazase el partido de los cardenales contra Urbano hasta que se congregase otra asamblea mas numerosa, y precediese una deliberacion mas madura. Que para asegurar el acierto enviasen algunos individuos del consejo de estado á que adquiriesen noticias positivas en el mismo lugar donde se habia hecho la eleccion, y que entretanto concediese el Rey su proteccion á los cardenales, para que sus personas estuviesen libres de todo riesgo.

No esperaron en Italia el término de esta prudente resolucion. Retiráronse los cardenales de Anagni, que estaba muy cerca de Tiboli, donde permanec-

cia el Papa, y por lo mismo no creyéndose seguros allí, pasaron á Fondi, ciudad del reino de Nápoles, poniéndose bajo la proteccion de la Reina Juana. Habia defendido á los principios esta Princesa al Papa Urbano, y aun despues de la sublevacion de los cardenales le envió para su guardia dos mil lanzas y cien hombres de infanteria; mas Urbano tenia tan poca habilidad para conservar sus amigos, como para evitar el conciliarse nuevos enemigos (1); y así ofendió gravemente á la Reina, pretendiendo que la heredera del reino de Sicilia, pedida en matrimonio por un pariente de Oton de Brunswik, se casase con su sobrino Francisco Prignano, cuyo mérito personal, que no pasaba los límites de la medianía, no podia llenar la distancia que habia entre su nacimiento y el trono.

6. Murió en este tiempo el cardenal de San Pedro, único apasionado de Urbano, y solo faltaban en Fondi los cardenales de Milan, de Florencia y de los Ursinos, para representar en Italia toda la corte pontificia. Con el objeto de atraerlos y de desvanecer con un poderoso interés cualquiera escrúpulo que pudiera quedarles, dispusiéronse las cosas de tal suerte que se creyesen en la posibilidad y con la esperanza de ser elevados á la dignidad de Pontífice. El cardenal de Amiens, varon principalmente ambicioso é intrigante, ofreció en secreto á cada uno su voto y el de los de su faccion (2). Propúsoles despues que diesen ellos los

(1) *Niem. lib. 1. cap. 8.* (2) *Chron. Ms. Coll. Lud. XIV.*
Tom. XVI. 40